

# VICTOR RUIZ IRIARTE Y SU GENTE

ANTONIO G. PAEZ

**F**UE uno de los autores de moda en los años cuarenta y cincuenta. El teatro español padecía entonces la vulgaridad de Torrado, la monotonía de Benavente, la ampulosidad de Marquina, la simpleza de Antonio Paso, Abati, Ardavin y Luca de Tena... Hacía falta un poco de aire fresco y surgieron ofreciéndolo dos jóvenes, José López Rubio y Víctor Ruiz Iriarte, imprimiendo a sus obras esa cadencia de "boulevard" que tanto complace al público burgués, único que en España ha consumido teatro. Una técnica teatral más "moderna", un mayor ingenio en los argumentos, unos diálogos más vivos y coloquiales, calificó sus obras como "teatro poético". Sin embargo, lo único que estaban aportando era un ligero cambio que impidiera que el teatro cayera en manos de otros. López Rubio y Ruiz Iriarte mantenían la tradición burguesa del "buen hacer" y la defensa apasionada de los valores que ese público estaba dispuesto a mantener.

Los argumentos de Ruiz Iriarte solían girar en torno a la mentira. Sus personajes se veían obligados a fingir sentimientos, situaciones o conflictos para conseguir el objetivo que pretendían. Generalmente ese objetivo no era otro que la conservación del hogar legítimo, levemente amenazado por la infidelidad. Finge desgracias el ser no querido para llamar la atención ("El pobrecito embustero"), finge locura la anciana para hacer felices a sus contemporáneos ("El landó de seis caballos"), finge comprensión la mujer abandonada para que su marido vuelva al redil ("Cuando ella

es la otra"), fingen los jóvenes adulterios inexistentes para llamar la atención de sus padres ("Juego de niños", "El carrusel"), finge el matrimonio reconciliado no estarlo para así no ofender a la ilegítima abandonada ("El café de las flores"), finge indiferencia la enamorada para que se enamoren de ella ("Usted no es peligrosa"), finge ser una mujer distinta la esposa egoísta y arrepentida ("La guerra empieza en Cuba"), finge ser un donjuán el tímido virgen para poder ca-



Víctor Ruiz Iriarte, un autor de los cuarenta, "recuperado" ahora por Televisión Española.

sarse ("El aprendiz de amante")... Juegos "inocentes" que devuelven el orden deseado. Porque todas las comedias de Ruiz Iriarte (salvo, quizá, "El gran minué", donde la "indecencia" triunfa) demuestran cómo es dentro del hogar y la familia donde se encuentra la única felicidad. Para no complicarse mucho la vida, las infidelidades no llegan casi nunca a producirse; son sólo tentaciones pasajeras o disimulos inteligentes. Porque todos los personajes son de

una increíble honestidad. Buenísimos los aparentemente malos de "Esta noche es la vispera", honesta la actriz coqueta que introduce hombres en su casa "para que los pobrecitos no pierdan su buena fama" ("La cena de los tres reyes"), amargado el pobre hombre que decide ser sinvergüenza ("Estoy haciendo esfuerzos tremendos para no llorar", "Cuando ella es la otra"), inquieta la mujer que debe fingir modernidad ("Soy una ignorante... Una pobre mujer tonta y anticua-

da. Pobre de mí. Yo coqueteando..." ("Juego de niños"). Finalmente los pequeños conflictos se resuelven y tanto los hombres como las mujeres ocuparán el lugar que les corresponde ("¿Es que tú, que sabes tanto, no sabes que una mujer sólo vive de verdad cuando vive para ellos?", "La soltera rebelde"). ("Desde hoy sólo seré lo que he decidido ser siempre: una esclava de mi marido", "Cuando ella es la otra".)

En la defensa de la decen-

cia familiar colaboran siempre los criados. Muchas veces son los ejes de la acción: capaces de acompañar a sus señoritos incluso en la ruina ("Las mujeres decentes"), de fingir también ellos para que los señores sean felices ("Usted no es peligrosa"), de callar cuando deben ("El café de las flores", "El gran minué"). Son alegres —aunque las criadas lloran mucho cuando se enamoran—, gentiles y amables. Nunca un problema, nunca una necesidad. Y si en ocasiones surge una tragedia como la de la doncella embarazada de "El carrusel", que se quita la vida, el amo responsable recibirá la visita del ángel de la guarda (o de Dios mismo, que no se entiende muy bien) para tranquilizar su conciencia. Los ricos son siempre infalibles.

Las ideas directamente políticas de Ruiz Iriarte se limitan, por lo demás, a chistes sobre las crisis ministeriales o a jueguecitos verbales sobre las derechas y las izquierdas, aunque en "La cena de los tres reyes" lanza un panfleto anticomunista con la apariencia de unos grotescos soviéticos que huyen de su país:

"—Ustedes no saben cómo es aquello.

—¿Tanto como dicen?

—¡Uff! Muchísimo más".

## Una familia honrada

Cerca de cuarenta años después de aquellos "éxitos," TVE programa una serie escrita por Víctor Ruiz Iriarte ("El señor Villanueva y su gente"), dentro de esa hábil y sutil "operación nostalgia" con que ahora nos están obsequiando ("Canciones de una vida", "Sombras del ayer"),



Los Villanueva,  
modelo oficial de la familia  
española.

para defender las características "culturales" del franquismo.

Lo curioso es que Ruiz Iriarte no ha variado ninguno de sus viejos valores ni se ha molestado en informarse sobre la realidad de nuestro tiempo. Todo continúa para él en las mismas condiciones. Por lo tanto, lo que pudo resultar novedoso para la burguesía teatral de los años cuarenta hoy es ferozmente reaccionario. Basta haber visto el primer capítulo de la serie donde la delincuencia juvenil quedaba superada por una buena invitación a langostinos para comprender la visión de nuestro autor sobre la realidad actual. Ya en "El café de las flores" proponía una solución drástica para el mismo problema: "En cuanto le encuentre, de dos bofetadas le hago persona decente".

Todos los demás problemas elegidos por Ruiz Iriarte para "El señor Villanueva y

su gente" ofrecen "soluciones" parecidas: la mujer insatisfecha sexualmente debe conformarse con su suerte porque el marido tiene su ritmo y sus problemas; la crisis económica se resuelve felizmente porque el amigo sinvergüenza encuentra dinero a última hora ("¿Te das cuenta? Hemos vuelto a ser lo que éramos. Tenemos todo lo que teníamos. El chalet de Marbella, el coche, las acciones de la Telefónica, el dinero, esta casa..."); la criada no está embarazada por el hijo, sino que es un fingimiento de la parejita para que los dejen casarse; el marido adúltero no llegará al pecado porque en el último momento se arrepentirá y volverá feliz con su esposa ("Si ese otro hombre que hay en mí, que es un frívolo y un inconsciente, pretendiera que yo te engañara, fracasaría. Porque yo sé que en el momento decisivo aparecería ante mí tu

imagen, tu querida imagen"); la esposa tampoco ha sido infiel nunca, aunque en un momento lo parezca; el chico duerme fuera de casa, pero, naturalmente, es también muy decente, aunque los padres no lo crean...

La familia española puede descansar tranquila, puesto que en su seno se encuentra la perfección soñada. Lo que ocurre fuera de la casa —un lujoso chalet de las afueras de Madrid, que lo mismo quieren que sea representativo de la clase media española— son cosas transitorias y sin importancia. Cierto que el señor Villanueva quiere ser diputado, pero no es nada serio ("Pertenece a un partido liberal. Esto quiere decir que, por ser fiel a su ideología, unas veces padece de derechas y otras de izquierdas. Pero, en fin, este es el juego"); cierto que la jovencita sale un poco ácrata y el jovencito un poco de derechas, pero eso es

bueno, como dice la señora Villanueva: "¡Ah, las dos Españas! A mí me parece muy natural que tú seas de izquierdas y Nico de derechas. Como papá es muy liberal, el pluralismo político en esta casa queda perfectamente equilibrado...". La familia Villanueva es la familia española, según su autor. Incluso más: puede ser España misma. Así de sencillo. Y todos los españoles, como esta mejor familia, seguirán defendiendo los valores eternos. Y así, aunque la jovencita parezca discolia y se quiera marchar de casa, volverá otra vez porque no hay nada como la propia familia. Es una jovencita tan decente que abofetea a los jovencitos que quieren besarla. Como si tal cosa. En 1979.

Estos personajes "de derechas de toda la vida" son vistos por el autor con esa particularísima ternura que quiere hacerlos verosímiles y ejemplares. Cierto que alguna vez trata de ridiculizarlos (como en el capítulo "El chico duerme fuera de casa") o de hacer con ellos una levisima "crítica social" (como en "El amor en casa"), pero fundamentalmente son simpáticos, ingenuos, cariñosos y bellos. Para Ruiz Iriarte —y para TVE— aquella antigua serie propiciada por Carrero Blanco, "Crónicas de un pueblo", debió significar un hito en la utilización democrática del lenguaje televisivo. Por eso lo continúan, aunque ahora con la coartada cultural de un autor defendido en su momento por los críticos que entendían que, a pesar de todo, el de Ruiz Iriarte era mejor teatro que el anterior. Lo que ocurre es que, después de los años cuarenta, otros muchos autores —de teatro o no— han surgido en nuestro panorama cultural, muchos otros están aún por descubrir, y tiene, por lo tanto, que resultar sospechoso este interés televisivo por adocenarnos científicamente con consignas moralistas y retrógradas.